

y Tres Buzos Princesa



Alex Mychko

Tabla de Contenido

TÍTULO

DERECHOS DE AUTOR

CAPÍTULO I.: DIRECTO AL CORAZÓN

CAPÍTULO II.: EL ENCUENTRO CON LA PRINCESITA
MANTA

CAPÍTULO III.: PAPÁ Y MAMÁ HARÁN TODO LO PO-
SIBLE

PARA QUE SU HIJO CREZCA SANO E INTELIGENTE

CAPÍTULO IV.: CAPITÁN DIC ADVIERTE SOBRE EL
PUEBLO DE LA ARENA Y...

CAPÍTULO V.: LA CIUDAD DE TELARAÑA DONDE
POR DINERO SE HACE TODO

CAPÍTULO VI.: LA CIUDAD DONDE LOS NIÑOS
SIEMPRE ESTÁN ENFADADOS

CAPÍTULO VII.: LA CIUDAD DONDE ELLOS SE ES-
CONDEN

CAPÍTULO VIII.: LA CIUDAD DE RASCACIELOS
DONDE MANDAN LAS NIÑERAS

CAPÍTULO IX.: LA CIUDAD DONDE LAS MUJERES
LO PUEDEN TODO

CAPÍTULO X.: FINAL

Princesa y Tres Buzos

Alex Mychlo

DERECHOS DE AUTOR

PRINCESA Y TRES BUZOS. Copyright © 2012 por Alex Mychlo

Reservados todos los derechos

Maquetación de interiores: Shaman Machine Press

CAPÍTULO I.

DIRECTO AL CORAZON

El pequeño ángel, casi un niño, estaba sentado en el filo de una nube llorando. Otro ángel, mayor que éste, pasaba volando, lo vio y se acercó al pequeñín.

—¿Qué pasó, amiguito? ¿Por qué lloras? —le preguntó.

—¡Ya estoy tan cansado! Nada me sale bien —respondió el niño con desdén.

—¿Qué no te sale bien?

—Todavía estoy tan pequeño —dijo mientras mostraba con las manos su tierno cuerpo—. Apenas tengo treinta años, nací al mismo tiempo con mi niño. Él ahora ya es adulto. Pero yo estoy muy cansado.

—A, entiendo —dijo el ángel adolescente, él ya cumplió ciento cincuenta años y era más sabio y experimentado que su colega. Ellos se conocieron no hace mucho, y ahora el pequeño ángel no dejaba de atormentarle con sus preguntas. Parece que hoy le dio ganas de que alguien sienta lástima por él. Aunque sea su nuevo amigo.

—Ni te imaginas en qué problemas se metía mi joven, he pasado por tantas preocupaciones. Y solamente el último año se ha hecho más tranquilo —seguía quejándose el pequeñín.

—Cuéntame con pormenores lo que le pasó a tu protegido—. El amigo mayor se acomodó al lado en el filo de

la nube y se preparó para escuchar.

—¿De veras? —no lo pudo creer el angelito—. Pues esta historia es muy larga, si voy a recordar todo, puede durar algunos días.

—Vamos, vamos —lo motivó el adolescente de ciento cincuenta años—. Sucede que soy el ángel de la guarda de una joven dulce y de buen corazón. La verdad es que ella es muy solitaria. Vamos a ver, a qué joven tienes tú...

—¡Entonces Dios mismo te mandó a mí! —exclamó el pequeñín muy emocionado y de pronto bruscamente se calló.

Los ángeles enmudecieron, voltearon y miraron arriba. El cielo estaba silencioso. El pequeño continuó:

—Es que tampoco quiere casarse. Ya perdí tantas flechas tratando de alcanzarlo. No sé, o él se esquivo con mucha destreza o algo anda mal con mi arco. No sé... ¿Y tu señorita, ella es simpática? —por primera vez el angelito se sonrió y propuso—. ¡Vamos a hacer que se conozcan! Lo que pasa es que mi joven es muy caprichoso, siempre busca a una princesa.

—En este caso cuéntame todo sobre tu mozo, después yo decidiré. Sabes... —el ángel adolescente dobló con cuidado sus alas en la espalda— mi jovencita es una chica muy bella y hogareña. Le entregué mi alma, y no quiero que alguien llegue a conocerla así no más. Pero si todo resulta bien, te enseñaré a mandar las flechas sin equivocarte.

Los ángeles se sentaron uno al lado del otro. Primero abrieron y después doblaron sus alas, preparándose para una larga conversación. El pequeño angelito entre secar las lágrimas con el puño empezó a narrarle al compañero lo que le tocó pasar por culpa de su protegido durante los últimos treinta años. El cuento duró tres días y tres noches. El

ángel mayor escuchaba al amigo con mucha atención, solamente de vez en cuando interrumpiéndolo con las preguntas sobre los detalles. Pero el cuento llegó a su fin y los ángeles quedaron pensando. Después el mayor dijo:

—Tu joven pasó por muchas cosas difíciles. No hay nada que decir. Pero yo admiro su voluntad y persistencia con la que busca la felicidad y cómo él no se rinde ante las dificultades. Es muy exigente. Pero me gusta. Ahora, amiguito, vamos a entrenarnos en lanzar flechas para dar directamente al corazón.

De diferentes maneras vivían los pobladores del País De La Sombra. Los que se acostumbraron a las injusticias, se conformaron y estaban llevando una existencia vegetal, y los que protestaban, lo hacían a media voz, débilmente, porque caso contrario simplemente desaparecían en uno de los días no afortunados. Antes, hace muchos siglos atrás, no existía tal barbaridad, el País De La Sombra llevaba el orgulloso nombre de La Gran Llanura. Era muy rico y poderoso. Lo respetaba todo el mundo, ya que sus gobernantes trabajaban mucho, siendo un ejemplo para los demás. Pero, pasó algo fatal: el país fue cubierto por La Sombra. Llegaron al poder líderes mediocres y ambiciosos, los que nunca antes se esforzaron trabajando. Ellos hacían grandes promesas a su pueblo, pero al ocupar el trono, se olvidaban de lo dicho, y se dedicaban a llenar sus bolsillos de oro, eliminando a los ciudadanos más inteligentes y exitosos, para que no puedan impedirles gobernar tranquilamente y continuar enriqueciéndose.

Entre los habitantes de La Sombra había un joven llamado Alex. Era amante de la libertad, de carácter fuerte, pues trabajaba mucho y le ¡fascinaba viajar! Se sentía muy

feliz al tener la posibilidad, aunque no por largo tiempo, de poder salir de La Sombra. Emprendía viajes a otros países con mucho éxito, pero no con mucha frecuencia. No le resultaban a menudo, solamente una vez cada tres o cuatro años, porque para realizarles tenía que trabajar duro día y noche. Por supuesto, Alex se dio cuenta, que en otros países todo era diferente. La gente vivía libremente y estaba muy feliz, los gobernantes se elegían por los pobladores, y cumplían con su obligación de servirles. En muchas oportunidades Alex podía quedarse a vivir en esos países. Pero él era muy obstinado, siempre regresaba al País De La Sombra como bajo un hechizo. Porque su corazón le decía: ten paciencia. Él estaba convencido de que algo extraordinario iba a suceder. Tenía que surgir algo, ¡alguna señal del cielo! que le indicara el camino a seguir. Pero, lo más importante, le decía su intuición, que todo debería empezar en el País De La Sombra. Y el joven seguía esperando...

Sucedió un día asoleado, uno de los pocos que hay en al año. Alex iba a salir de la oficina, cuando sonó el timbre del teléfono. "Tan tarde —pensó— es interesante, ¿quién puede ser?"

—¿Alex, eres tú? —Escuchó agradable voz de una joven desconocida.

—Si —contestó el, tratando de adivinar, a quién pertenece aquella dulce voz.

—¿Te mejoraste? Los padres me dijeron, que anoche tenías alta fiebre. Pasé llamándote a la casa, pero nadie contestaba. Resulta que estás en el trabajo. No entiendo nada, ¿acaso fuiste a trabajar enfermo? —de sopetón dijo preocupada la muchacha. "¡Oh! Parece que se equivocó de número, está llamando a otro Alex", pensó el, porque ayer estaba completamente sano y no tenía fiebre. "¡Pero qué agradable voz! ¡Qué ganas de saber a quién pertenece!" Hacía un lindo sol, y en aquellos días Alex siempre estaba

de buen humor, y además no había prisa en regresar a casa, por eso le dio ganas de hacer una broma. No dijo a la señorita que se equivocó de número, y tomó la decisión de convertirse en "otro Alex".

—No fue nada. Ya pasó. ¿Dónde te encuentras? —preguntó a la muchacha desconocida.

—¿En realidad ya pasó? —contenta dijo ella—. Tu voz suena raro, parece diferente. Creo que tal vez, no te mejoraste por completo. Ahora estoy en la oficina, ya quiero irme a casa. ¿Qué propones?

—¿Quieres que te lleve? De paso confirmas que estoy completamente sano —propuso al azar Alex.

—Bueno —asintió la muchacha.

—¿Dónde te recojo? —preguntó el, pensando con preocupación en cómo actuar.

—¡Entonces junto a la iglesia, ahora allá hay pocos carros —propuso la chica.

"¡Excelente! En la ciudad hay solamente una iglesia y otros edificios cerca", pensó contento Alex. "¿Pero qué haré después?"

—Sabes que —dijo Alex—, vamos a ir al malecón, hace tiempos que no he estado allá. Pasearemos...

—No sé —al principio la muchacha no estaba muy convencida—. Aunque hace un rico sol, pero también hay un poco de viento, y temo que cerca del agua estará más frío. ¿Vale la pena arriesgar tu salud, después de la fiebre de ayer?

—Estoy bien —dijo Alex seguro—. Por cierto, ¿vistes ropa abrigada?

—Como siempre, estoy puesta la chompa blanca —sin sospechar nada contestó ella.

—¡Qué bien! —Alex trató de ocultar su alegría, pues ya sabía cómo reconocerla.

—De todos modos tu voz suena raro. Completamente diferente. ¿Cuándo vas a venir? —preguntó la desconocida.

—¿En veinte minutos puedes salir?

—Sí. Chao, Alex.

—Nos vemos.

El joven condujo su auto hasta la iglesia con la velocidad de una flecha. Se estacionó e impacientemente empezó a esperar. Él no entendía, qué lo impulsó a actuar así, y por qué decidió hacer semejante broma a una persona ajena. “¿Y quién es este otro Alex? ¡Oh! Pase lo que pase”, decidió.

Dentro de unos minutos apareció ¡ELLA! Con la corta chompa blanca, con el jean y las botas cafés, la muchacha caminaba por la calle con un aire soberbio. Era muy simpática, tenía larga cabellera negra, recogida en una cola bien ajustada. “¡Qué jovencita!”, pensó Alex. Enseguida bajó del carro y se dirigió hacia ella.

—Ahora ve, que estoy completamente sano —fue lo primero que le vino a la mente. Él esperaba, que la chica va a dar la vuelta y a marcharse, sin decir una sola palabra.

—¡Oh! ¿Quién es Usted? —se sorprendió ella.

—Yo soy Alex, y nos pusimos de acuerdo ir a pasear por el malecón —casi sin oír su propia voz, pronunció él. No podía apartar la mirada de aquellos maravillosos ojos azules.

La muchacha ya se proponía a dar la vuelta, para alejarse del misterioso y desconocido hombre, pero algo atrajo su atención y la hizo detenerse. Ella nuevamente miró a los ojos del joven. Emanaban calidez y tranquilidad, y además, él sonreía, de una forma amistosa y muy, muy buena.

Le pareció, que conocía esa sonrisa desde hace mucho tiempo. Por un instante ambos estuvieron parados, en silencio, mirando fijamente el uno a la otra. Ninguno se dio cuenta de que dos rayitos brillantes emergieron de la sombra, se reflejaron en la ventana de la iglesia, y se clavaron en cada uno de ellos. ¡Fue un impacto directo a sus corazones! Por un segundo estos corazones latieron apasionadamente. Entonces Alex tomó la mano de la muchacha y le dijo:

—¿Cómo te llamas, mi querida princesita?

—Ana —contestó ella sonriendo. No entendía qué le estaba sucediendo, y por qué no tenía ganas de apartarse de ese joven por nada del mundo.

—¡Una verdadera princesa! —nuevamente y con admiración pronunció Alex. Estaba emocionado, sus ojos brillaban de alegría.

—¡Qué exageración! —protestó Ana con perturbación, bajando la mirada.

De nuevo quedaron en silencio, y les llenó el sentimiento de infinita felicidad. Parecía que el mundo entero alrededor suyo dejó de existir, estaban solamente ellos dos y el deslumbrante sol sobre sus cabezas. No se sabe, cuánto tiempo más estarían así, parados y cogidos de las manos, pero de pronto una leve ráfaga de viento desarregló el cabello de Ana.

—¿Vamos al malecón? —dijo suave y cariñosamente Alex, sin poder reconocer su propia voz.

—Sí, vamos —asintió Ana también con mucho cariño, pero de repente recordó: —¡Oh! No. Discúlpame, Alex, pero debo llamar a mi hermano. Fue él quien se enfermó ayer, y nuestros padres me pidieron visitarlo.

—Entonces vamos de una vez donde él —sugirió Alex feliz—. ¡Ahora entiendo! ¿Él también se llama Alex?

—Sí, y vive aparte, con su familia —contestó Ana.

—Vamos. Si quieres, Ana, podemos pasear por el malecón en otra ocasión.

—Sí, quiero —todavía recelosa, dijo Ana.

Se dirigieron al carro de Alex. Por el camino aclararon, que cuando Ana quiso llamar a su hermano, se equivocó en una sola cifra del número, y así, por casualidad, encontró a otro Alex, el que afortunadamente ese día estuvo de muy buen humor.

Fue como empezó todo. Ya se cumplió un año desde que Alex se casó con la hermosa y dulce muchacha Ana, y sus almas se encontraron. Él era de estatura alta, tenía cuerpo robusto y atlético. Ella, al contrario, era frágil, delicada, una muchacha miniatura. Al conocerse casualmente, ellos desde el primer día supieron, que no podían vivir separados. Como si el flechazo de Cupido batiera esos corazones para siempre, en aquel instante, cuando sus miradas se cruzaron. En el hogar reinaban amor y alegría. Alex se dio cuenta de que los presentimientos que tenía llegaron a cumplirse. Justamente aquí, en el País De La Sombra, él encontró la felicidad esperada por tanto tiempo. Después Alex decidió incluir a la amada esposa en sus viajes a los lejanos países y abrir ante Ana un mundo diferente, en el que la gente vive libremente. Por eso inició la organización de un corto viaje a un país muy lejano, donde siempre brilla el sol. Inclusive no era un país, sino un grupo de islas en medio del inmenso océano. Ana nunca antes había estado fuera de los límites del País De La Sombra, ni siquiera había salido de su ciudad natal. Tenía mucho miedo. Sus padres también estaban preocupados. Pero Alex organizó el viaje tan bien, que no quedaba razón para ningún temor.

La joven pareja guardaba en los corazones un arduo deseo. Desde hace un año soñaban con tener su propio hijo, pero hasta ahora no les resultaba. No ha sido así de

simple, que nazca un niño. Para esto los futuros padres necesitaban tener excelente salud, alimentarse bien, respirar aire puro y practicar deportes. El trabajo del joven no era de los más tranquilos que digamos, a menudo le tocaba gastar su sistema nervioso, sobre todo cuando el gobierno del País De La Sombra realizaba uno de los acostumbrados atracos contra los trabajadores. Pero no solamente esto se exigía a los jóvenes padres. Lo más importante, en el momento de concepción del niño tenía que suceder un milagro, pues la chispa de la vida, que surge al principio, es un hecho celestial. ¡Esto viene de Dios! Y la joven pareja tenía esperanzas, de que dicho milagro suceda allá, en las islas que se encuentran en medio de aquel inmenso océano.

—Entonces, necesitamos un milagro, necesitamos un hijo. Me acuerdo, lo hemos estudiado —dijo precipitadamente el angelito menor—. ¿Un hijo, un hijo? —trataba de recordar el orden de acciones a seguir—. ¿Qué tenemos que hacer? —un poco alterado, le preguntó a su compañero mayor, porque nunca antes le tocó cumplir semejantes deseos de los mortales.

—Si es necesario, es necesario. Cuando se trata de milagros es nuestra competencia. Escribe la solicitud —contestó tranquilamente el amigo mayor.

—¿Cuál solicitud? ¿A quién? —se sorprendió el angelito.

—¿Cómo que a quién? —respondió el mayor—. ¿Qué te enseñaron en la escuela? Escribe la solicitud a la OFICINA CELESTIAL, que se necesita un alma nueva, de un recién nacido, todos aman a todos, está aprobado y se certifica con las firmas.

El pequeño angelito refunfuñó algo, pero con cuidado, y levantando la cara de vez en cuando hacia el cielo, escribió la solicitud. Los dos salieron volando a entregarla para el trámite a la OFICINA CELESTIAL.